

El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 56
DEL 13 AL 20 DE MAYO DE 1866.

SUMARIO.—Argentan.—Revista de la semana, por Palacio.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Procesion del Cristo de los terremotos en el Perú.—El camino doloroso.—Muerte de Cristóbal Colon.—Los claveles rojos, por Ladevese.—Plegaria, por J. T. y Benedicto.—LÁMIMAS: Argentan.—Muerte de Cristóbal Colon.—Las estaciones de los peregrinos en Jerusalem.—Procesion del Cristo de los terremotos en el cuzco (Perú).



CALENDARIO DE LA SEMANA

D. 13 N. S. Desamparados.
l 14 S. Bonifacio.
m 15 S. Isidro Labrador.
m 16 S. Juan Nepomuceno.
j 17 S. Pascual Bailon.
v 18 S. Venancio.
s 19 S. Pedro Celestino.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO
Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.
Provincias. . 28 » 14 » PROVINCIAS. 3 id.
Ultramar. . . 80 » 50 »

ARGENTAN.

Cabeza de partido de uno de los distritos del departamento del Orne, Argentan encierra una poblacion de cerca de seis mil habitantes. Situada á las orillas del Orne, y atravesada por el camino de hierro de

Mans á Caen, en explotacion hace ya muchos años, y por el de Paris á Granville, cuya primera seccion se abrirá muy en breve, dotada de buenos establecimientos municipales, ayuntamiento, tribunales, hospicio, colegio, escuelas comunales, teatro, etc., esta villa, que goza ya de alguna importancia, está destinada á ser un centro de actividad y de comercio.

Pocos pueblos poseen tantos materiales, bien sean

publicados ó inéditos, como el de Argentan, relativos á su propia historia. En la imposibilidad de hacer la reseña de todos ellos, nos contentaremos con los siguientes apuntes, tomados del almanaque del Orne, correspondiente á 1866.

Argentan posee recuerdos druidicos, confusos pero incontestables. Fué conocida en la época de los romanos, siendo bastante oscura su historia hasta la inva-



LA MUERTE DE COLON.—CUADRO DE FLEURY.

sion de los normandos, y sin interés hasta Guillermo el Conquistador.

Aunque indirectamente, fue complicada también en las turbaciones de la Frontera. Más adelante, uno de sus gobernadores trató de demoler las fortificaciones de la villa, entre ellas la Torre del Reloj, donde se conservaba uno regalado por María de España, que era una verdadera obra maestra. El pueblo se indignó contra esta medida; y entonces fue cuando Carlos de Hoauy, regidor de la villa, osó oponerse al vandalismo del gobernador, dando á sus palabras esta respuesta que le ha inmortalizado:

—Nosotros somos tres hermanos, adoradores de la verdad: el mayor la predica; el segundo la escribe, y yo la defenderé hasta mi último suspiro.

El mayor era el padre Eudes, el segundo Mezeray el historiador. A estos tres hermanos ha elevado la villa de Argentan un magnífico monumento en la plaza del Hotel de Ville, debido al hábil cincel de Mr. Le Harivel Durocher.

Argentan, durante la edad media, poseía notables edificios. El castillo, las iglesias de Santo Tomás y Nuestra Señora de la Plaza, y los conventos de Santa Clara y de Jacobinos han desaparecido.

Quedan sólo las dos iglesias de San German y San Martin, dignas todavía de ser visitadas. Esta última iglesia es la que figura en el medallón de la derecha de nuestro grabado de cabecera. La otra ocupa el punto culminante de la villa, tal como aparece en el centro. En cuanto á la torre que ocupa el medallón de la izquierda, formaba parte de la antigua fortificación.

Argentan ha visto dentro de sus muros gran número de reyes, sobre todo Francisco I, que gustaba de respirar en ella *buen aire*, beber *buen vino* y cazar en *buena compañía*.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un nuevo autor dramático se ha presentado en escena, y su primera obra titulada *Los dos amores*, puede titularse para él *Los dos desengaños*, puesto que dos han sido los que ha experimentado. El primero, creer que algunos buenos pensamientos, y muchos versos fáciles, bastan para impresionar al público; el segundo, pensar que este exige menos de un principiante que del más consumado maestro. El autor de *Los dos amores* tiene, sin embargo, talento, y esperamos no se desanimará por esta derrota; que es sobre el campo de batalla, y soportando los reveses de la fortuna, como se educan los héroes.

Muy diferente ha sido el éxito alcanzado por los artistas del Teatro Real en la ejecución del *Trovador*, que á juzgar por lo que la opinión asegura, ha sido el acontecimiento de la temporada. No podía ser de otro modo, habiéndose encargado de su desempeño cantantes tan eminentes y tan simpáticos para el público como las Sras. Galletti y Nantier Didice, y los señores Tamberlik, y Bonéche.

Ya parece cosa decidida que los Campos se abrirán antes de fin de mes, y que la ópera con que inaugurarán la temporada será la *Saffo* de Pacini, á la que seguirá *Roberto el diablo*, para la cual ha pintado el Sr. Plá varias magníficas decoraciones.

Seguimos más escasos de novedades, si cabe que la semana anterior; razón por la cual nos permitiremos regalar á nuestras lectoras un parralillo de modas, ya que así se lo prometimos al publicar el último figurín. Entiéndase que este parralillo no es nuestro, sino de persona muy competente, que, al tratar de este asunto, se explica así:

«De dos clases son los peinados de última novedad, que llevan ya muchas damas de la aristocracia, al sólo anuncio que de su aparición ha hecho *La Moda elegante*, acreditado periódico que se publica en Gádiz.

»Llámanse peinados *Ceres* y *ateniense*. Para el primero se peina el cabello de delante hacia adelante; aquí se clava con alfileres un grueso crepé, por encima del cual se peina y se enrolla el cabello de delante, y por debajo se coloca un bandolete de mechones ondulados, y una corona de bucles pequeños; por detrás castaña compuesta de bucles; un pajarillo exótico y unas ramas de sauco completan el peinado; el bandolete es de oro.

»Para el peinado *ateniense*, una parte del cabello de delante se vuelve hacia arriba sobre un crepé, de modo que forme por ambos lados un bando á la Valois; lo demás del mismo cabello se ondula, se echa hacia

atrás y se sujeta debajo del cabello de detrás que se ha atado muy alto, levantándolos y fijándolos por encima de la ligadura, por un peinecillo que sostiene un crepé, se peina el cabello hacia atrás, de modo que cubra enteramente á este crepé, por debajo del cual se sujeta el extremo del cabello. Encima de la castaña se pone un manojito de bucles. Unos bandoletes de terciopelo que se cruzan por debajo de la castaña y se atan por encima, completan el peinado.

»Este es uno de los más sencillos que hoy se ejecutan, y conviene á las señoritas lo mismo que á las señoras jóvenes.»

Respecto á libros, sólo dos, si bien de la mayor importancia, han llegado á nuestras manos. Es el primero un *Catálogo* de los libros, papeles y manuscritos que tratan de Extremadura, formado por nuestro amigo D. Vicente Barrantes con gran erudición y exquisito criterio; y el segundo un *Diccionario agronómico*, debido á la actividad y conocimientos especiales del entendido funcionario público D. Braulio Anton Ramirez. De ambos nos ocuparemos, quizá con más extensión, sobre todo si la crónica de los acontecimientos no se presenta más fecunda que en la actualidad.

M. DEL PALACIO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

DOBLE-VISTA.

(Continuación.)

Inmediatamente que el teniente coronel hubo desaparecido, *Doble-vista* cogió en la hoguera una rama encendida á la luz, con la cual estudió atentamente la configuración de los pies del caballo del oficial en la tierra, midió con ramitas verdes el ancho y el largo de la huella, guardólas en seguida en su bolsillo; después, como si hablara consigo mismo: «*Elizondo, el indio!* dijo; *el tiburón y la serpiente* son una misma cosa; y dirigiéndose á Albino, capitán, si quereis creerme, montad inmediatamente á caballo y no pareis hasta llegar á Saltillo; allí encontrareis quien pueda leeros ó descifraros ese papel que hemos interceptado; pero no os fieis de cualquiera; después obrareis en consecuencia de lo que os revele su contenido.

El antiguo contrabandista no tenía por costumbre discutir los consejos que le daba el viejo, é hizo que inmediatamente ensillaran su caballo, pero en el momento que iba poner el pié en el estribo, uno de los exploradores vino á advertirnos que un rico convoy de mercancías y de dinero se aproximaba á nuestras avanzadas. Esta noticia nos hizo olvidarlo todo, y únicamente ocho días después de este encuentro Albino pudo trasladarse á Saltillo para enterarse del contenido de la carta interceptada. Cuando regresó habían trascurrido más de cinco días que nuestros jefes habían partido para Monclova.

—*Doble-vista* no se engañaba, nos dijo; el pliego del teniente coronel Elizondo me ha sido leído por un sacerdote amigo de Hidalgo. Su contenido es el siguiente:

«Todas mis medidas están tomadas; reuniré dentro de dos días vuestros doscientos hombres en las norias ó cisternas de Bajan, y yo os aseguro que ninguno de los jefes de la insurrección escapará.»

—Ahí le interrumpió el mestizo; porque no hemos fusilado á ese traidor; Bajan está muy cerca de Monclova, que es el punto á donde nuestros jefes se dirigen.

—El sacerdote me ha dicho igualmente que ya se le ha enviado aviso al general Abasolo de la traición que medita contra el traidor Elizondo; pero con su grandeza de alma acostumbrada, ha rehusado creer en semejante cobardía. La carta iba dirigida al gobernador Ochoa, cuya casa de campo se halla próxima de aquí. Este me explica la presencia del coronel, porque debía estar inquieto é impaciente por no haber recibido contestación á su mensaje.

—¿Y qué hacer en tal situación? pregunté yo á *Doble-vista*.

—Elizondo, á estas fechas los lleva cinco días de delantera y positivamente viajará al galope; mi opinión es que debemos partir inmediatamente; tal vez aún será tiempo de advertir á nuestros fugitivos jefes

del peligro que les amenaza. ¿Cuántos hombres llevan de escolta?

—Mil próximamente, le contestó Albino.

—Entonces partamos, dice yo, doscientos hombres no son de temer.

Por muchos motivos que habíamos pesado en un rápido consejo que celebramos, resolvimos partir solos: esto es, Albino, *Doble-vista* y yo. Llevar con nosotros cualquiera fuerza hubiera sido esponernos á fatales desastres y á una lentitud en nuestra caminata que nos hubiera perjudicado mucho; el país que teníamos que atravesar era estremadamente árido, bajo un cielo abrasador y sin una gota de agua; finalmente, ¿qué harían ciento ó ciento cincuenta hombres más ó ménos unidos á la escolta que ya llevaban nuestros jefes, compuesta de mil hombres elegidos y de una artillería numerosa? Absolutamente nada. Lo esencial era que llegásemos nosotros tres á tiempo de prevenir el peligro que les amenazaba.

Encargamos el mando de nuestra división, al segundo jefe después de Albino y yo, y provistos cada uno de un caballo de mano, además del que montábamos, para viajar más rápidamente, partimos á las dos de la tarde.

Verdaderamente, los cinco días de marcha de Saltillo á Monclova, se componen de otras tantas etapas casi forzadas: Santa María, Auelo, Punta del espinazo del Diablo, Salina, y, en fin, Acacita de Bajan; pero nosotros teníamos motivos fundados y lógicos para presumir que las dificultades del terreno para los bagajes, la carencia de víveres en aquellas desiertas llanuras y otros obstáculos de igual naturaleza retardarían la marcha del convoy.

Felizmente no era hasta Acacita de Bejan, la última etapa antes de Monclova, donde debía verificarse la emboscada, y esta circunstancia unida á la lentitud forzada de la caravana, nos daba casi la certeza de llegar á tiempo de desbaratar la traición de Elizondo. Partimos llenos de esperanza, sobre todo yo, que alimentaba en mi corazón por el caballeroso Abasolo, sentimientos de la mayor ternura y admiración.

Después de haber á la mitad del camino cambiado de caballos, montando en los que llevábamos de mano, llegamos por la noche á Santa María. Allí interrogamos á los habitantes de aquellas pobres chozas, y todos nos dijeron que la escolta del pequeño ejército fugitivo, se componía únicamente de soldados fieles á la causa de Hidalgo, los cuales marchaban llenos de entusiasmo y de confianza en su fuerza numérica, sin sospechar ninguna traición. Estas noticias no nos satisficieron más que á medias, porque nosotros hubiéramos preferido saber que la escolta marchaba sobre aviso, recelosa y no abandonada á una imprudente confianza; por lo demás nos costó gran trabajo procurarnos algunos comestibles para cenar aquella noche, pues en aquel pobre pueblo se carecía hasta de lo más necesario, por otra parte, la caravana que nos había precedido lo había agotado todo.

Después de cinco ó seis horas de descanso volvimos á ponernos en camino. Desde que empezamos á hacer la segunda jornada, me apercibí que *Doble-vista* había caído en una de esas meditaciones profundas que siempre eran en él de fatal augurio.

—He tenido un terrible sueño esta noche, me dijo el mestizo después de haberle yo preguntado la causa de su preocupación; un sueño, que temo haberle demasiado fielmente interpretado.

—¿Y qué ha sido?

—He soñado que por siete veces he tenido una sed abrasadora, caminando por el desierto, y que siete veces, y en el momento de satisfacerla, Elizondo me arrancaba de las manos la cubeta llena de agua. Este sueño no puede significar más que una cosa, y es que el traidor puede haber cegado ó desecado con anticipación las siete cisternas que hay de aquí á Monclova y que son conocidas en el país con el nombre de *Las siete norias de Bajan*.

Nos miramos Albino y yo, y aquel objetó al mestizo que no era por la sed como Elizondo quería hacer perecer á los jefes, puesto que su idea era entregarlos vivos al gobernador de Coahuila. El anciano meneó la cabeza.

—No es seguramente por la sed por la que pensará hacerlos perecer; pero para buscar el agua de que la escolta tendrá necesidad, los soldados se desbandarán siete veces, y en una ú otra de estas ocasiones, las gentes de Elizondo podrán apoderarse, sin disparar un tiro, de los jefes, privados de sus defensores.

Después de habernos explicado su sueño, el mestizo continuó trotando silenciosamente á nuestro lado, y aunque no hablaba, comprendimos que aun no nos lo había dicho todo, y que alguna otra cosa grave se agitaban en su mente y en su corazón.

(Se continuará.)

F. BELZA.

PROCESION

DEL CRISTO DE LOS TERREMOTOS EN EL PERÚ.

Una de las más notables procesiones anuales que se verifican en Cuzco, es indudablemente la llamada del *Señor de los temblores* ó *Cristo de los terremotos*, la cual tiene lugar en la tarde del lunes de Pascua de Resurrección.

Desde dos días antes los niños se ocupan en despojar de sus flores á los jardines del pueblo, y en llenar cestas con ellas. Las vendedoras de frutas se ponen en movimiento para colocar los altares en la plaza de la Catedral, cuyo trabajo les está enteramente encomendado. Las fachadas de las casas por delante de las cuales debe pasar la procesion, se engalanan con terciopelos, tapices y otros mil adornos que han permanecido guardados desde el año anterior.

Luce por fin el día de la fiesta, y desde por la mañana los *camaretos* empiezan á aturdir á los habitantes de la ciudad con sus detonaciones, y los petardos, bombas y cohetes aumentan el estrépito.

La poblacion entera con sus *trapitos de cristianar* se estiende por las calles ú ocupa los balcones de las casas.

La *chicha*, el vino y el aguardiente que han corrido desde la víspera para celebrar el término de la Semana Santa y el gran día de la Resurrección, tienen poco seguros á todos los cerebros.

A las cuatro en punto una triple descarga de *camaretos* hace retremblar la plaza; iglesias y conventos dejan oír un alegre repique de campanas; todas las de la Catedral, desde la grande llamada *madre abadesa*, hasta la esquila de plata de la capilla del Triunfo, se echan á vuelo. Diez mil indios descamisados se agrupan gritando en la plaza, y las ventanas apenas pueden contener las cabezas de curiosos de ambos sexos que agitan sus pañuelos. Las tres puertas de la Catedral se abren de par en par, dejando ver la profundidad de la nave que brilla como un áscua de oro á la clarísima luz de mil bujías.

Un estremecimiento religioso se hace sentir en la multitud. Todos los cuellos se estienden movidos por la ansiedad, todas las miradas se dirigen hácia la puerta por donde la procesion empieza á desfilar precedida de las cruces de oro que llevan los pertigueros, y los ciriales de plata conducidos por acólitos de negros rostros y blancos vestidos.

La primera imagen que aparece, llevada por ocho hombres sobre unas angarillas, es la de San Blas, cuyo nombre lleva uno de los arrabales de la ciudad. La multitud que le reconoce al punto le saluda con aclamaciones y aplausos prolongados. El vestido del santo obispo se compone de una túnica de terciopelo negro, bordado con oro, que le llega á las rodillas; una envoltura color de carne dibuja sus formas; una gola encañonada rodea su cuello y cubre su espalda; en la cabeza lleva un sombrero de terciopelo negro con plumas blancas, y en la mano derecha, calzada con guantelete de piel, lleva su breviario *en cuarto*, elegantemente encuadernado. Un ángel con las alas caídas colocado sobre un alambre en espiral está detrás del santo, sosteniendo sobre la cabeza episcopal un quitasol de seda color de rosa, imprimiéndole cada movimiento de las angarillas un dulce y continuado balanceo.

A San Blas sigue San Benito á quien la gente acoge con frialdad, bajo pretexto de que el venerado descende en línea recta de Cam, hijo de Noé. La imagen, en efecto, es de un color negruzco, muy semejante al del paño de su sotana, y sus grandes ojos y sus labios estremadamente gruesos y de un rojo violado, le dan un aspecto repulsivo.

Sigue á San Benito, San Cristóbal, tan ridículamente vestido como los otros, y con unas guías en los bigotes que causarían envidia á cualquier cabo de gastadores.

San José va luego, vestido de peregrino, con accesorios no menos propios que los de los otros santos, pero lo único profano que se advierte en su traje es

una pluma de pavo real que ondea, sujeta por el cañón, á su sombrero.

Detrás de San José va la Virgen de Belén, cuya escultura hubiera dado fama de célebre caricaturista al escultor más desconocido. Su traje corre parejas con el de los Santos que marchan delante de ella, y su peinado está en armonía con la elegancia del vestido; sus cabellos rubios se hallan ligeramente rizados y empolvados, y su cuello de cisne está rodeado de una inmensa gola de guipur, mezclada con hilo de oro. Colocada en el centro de aquella confusion de encajes, la cabeza de la Madre de Dios se asemeja al pistilo de una flor desconocida.

Lo más notable del rostro de María, es indudablemente la movilidad incesante de sus ojos, que un resorte oculto hace girar en las órbitas con una rapidez vertiginosa. El extranjero poco acostumbrado á la vista de estas *imágenes de movimiento*, estraña el de aquellos ojos, pero oyendo á la multitud que exclama: *¡Qué ojos tan lindos, qué dulce mirar!* no tarda en ser partícipe de la admiracion general.

Al salir de la iglesia, los que conducen á las imágenes se colocan del modo siguiente: San Blas, San Benito y San Cristóbal á la izquierda; la Virgen y San José á la derecha, esperando todos la llegada del *Cristo de los terremotos* que se hace esperar bastante, sin duda para escitar el fervor de los fieles. Estas disposiciones están indicadas anteriormente en un programa religioso que designa, no solamente el orden que deben ocupar en la procesion, sino las diversas evoluciones que han de hacer al salir de la Catedral y al entrar en ella. Bien pronto una forma blanca se dibuja en la penumbra de la nave mayor. Otro estrechamiento religioso se extiende por la multitud. Los hombres se descubren, las mujeres se santiguan devotamente. La Virgen, dejando á San José, su augusto esposo, viene á colocarse ante los otros santos para ser la primera en saludar cuando salga de la iglesia á su hijo el *Cristo de los terremotos*, que aparece al fin, siendo acogido por un clamor formidable y saludado por todos, que agitan sus pañuelos. Cristo se presenta en la cruz, y su rostro, al cual el tiempo, el polvo, el humo del incienso y la irreverencia de las moscas han cambiado el colorido, ostenta un color rojizo y estraño.

En lugar del lienzo tradicional, viste aquel unas enaguas de punto de Inglaterra atadas á la cintura, y que bajan hasta sus rodillas.

Las espinas de acacia que forman su corona, están casi ocultas por una infinidad de piedras preciosas que representan un valor fabuloso.

Los clavos con que se halla sujeto á la cruz son esmeraldas de Panamá, de tres pulgadas cada una, y los bordes de la herida abierta en su costado por la lanza de Longinos, están adornados con rubies más gruesos que garbanzos.

La cabellera del Cristo, que el viento esparce haciéndola ondular, es estremadamente larga y negra.

Unos resortes invisibles comunican al cuerpo y rostro de esta imagen un movimiento continuado, que hace creer que aquella padece un ataque de nervios no interrumpido.

A su entrada en el atrio, la procesion se pone en marcha. Las imágenes desfilan sucesivamente.

Los que conducen á la de la Virgen se detienen cada cinco minutos, y la vuelven sin duda para que se conenzan de que su hijo no la abandona.

Detrás del Cristo va el palio del Santísimo Sacramento, rodeado de los principales eclesiásticos y de las autoridades civiles y militares. Las cuatro órdenes de frailes azules, blancos, negros y grises forman una doble hilera y cierran la marcha de la procesion.

El pueblo se agrupa en torno de las andas en que conducen al Cristo, molestando á los frailes, que entre la salmodia del *Pange lingua*, dirigen insultos groseros á los que les atropellan, llamándoles, cuando ménos, *perros judios*.

Cuando la procesion pasa por delante de alguna casa cae de los balcones una lluvia de hojas de flores, y á medida que avanza en el interior de la ciudad el entusiasmo del pueblo aumenta y se hace sentir hasta en los más indiferentes. A la vista de aquel Cristo, que tiembla como si acabara de salir de un baño de agua helada, los gritos de los espectadores se salen del diapason normal, hasta que las voces enronquecidas por la fatiga vuelven á su primitivo estado, merced á unos cuantos tragos de aguardiente.

Bien pronto éste hace su efecto, y el pueblo en masa se abalanza hácia los que conducen al Cristo, dispu-

tándose el honor de llevar las angarillas, y se destrazan con tal de tocar siquiera á la imagen; pero los indios que llevan á esta, por no dejarla, dan puñetazos, puntapiés y hasta mordiscos, á los que quieren privarles de aquel trabajo, que les redime de no sé cuántos pecados.

El lance se pone muy serio: la lucha aumenta y se escuchan imprecaciones y gritos de dolor por todas partes, en tanto que la imagen del Cristo, impelida entre contrarias direcciones, se halla mil veces á punto de caer, sin que esto suceda por hallarse rodeada de un muro impenetrable de personas, por lo cual dicen de la tal imagen los del país: *Se mueve mucho, pero nunca cae.*

Y mientras toda aquella gente lucha sin cesar, otros se precipitan entre los piés de aquellos para coger las hojas de las flores que han tocado en la imagen, las cuales, segun ellos, que por poseerlas, se esponen á ser aplastados, tienen unas cualidades sudoríficas.

La procesion detenida mil veces por todos estos incidentes, tarda en recorrer un espacio que, á paso regular, se cruza en diez minutos, dos horas cuando ménos.

A las seis está de vuelta en la Catedral, cuyas puertas, cerradas desde que salió, vuelven á abrirse al repique de las campanas y los nuevos disparos de los *camaretos*. San Blas, San Benito, San Cristóbal y San José, entran en la iglesia y las puertas se cierran tras ellos.

La Virgen y su Santísimo Hijo quedan fuera frente á frente, y los que les conducen ejecutan una admirable y bien estudiada pantomima.

Concluida esta, se encienden hogueras, y la chicha y el aguardiente vuelven á correr en abundancia. Las guitarras se templan, se organiza el baile, y cuando la aurora del siguiente día disipa la oscuridad de la noche, encuentra á los indios que duermen sus respectivas *turcas*.

Así acaba la fiesta del llamado *Señor de los temblores*.

EL CAMINO DOLOROSO.

Fragmento de una peregrinacion á Jerusalem.

Nada más sencillo ni conmovedor que el drama de la Pasion de Jesucristo. Sólo la costumbre de escucharlo puede hacer que al oír su relato no se opriman nuestros corazones por la más dolorosa angustia.

Sigamos un momento el camino emprendido por el mártir del Gólgota en su larga agonía...

Al Este de la ciudad es donde aquel camino empieza. Una calle casi desierta formada por grandes murallas, restos de edificios romanos, y la torre Antonia entre otros, marcan el lugar del palacio de Pilatos y un espeso muro conserva aún algunos tramos de una escalera por la cual Cristo subió tres veces.

Transportada á Roma por Constantino la *Scala sancta* que hoy está colocada junto á San Juan de Letran, tendría ya gastados sus veintiocho escalones de mármol por las rodillas de los fieles, si no los hubiesen cubierto con planchas de nogal que han tenido que renovarse varias veces.

Aquella es la primera estacion del camino de la Cruz.

La segunda es la *Capilla de la flagelacion*, en la cual Cristo fué cargado con la ignominiosa Cruz, que más tarde habia de simbolizar por sí sola la redencion de los humanos.

La tercera estacion, es en la llamada *Capilla del desfallecimiento*, donde el Hombre-Dios, abrumado bajo el peso de la Cruz, cayó á tierra.

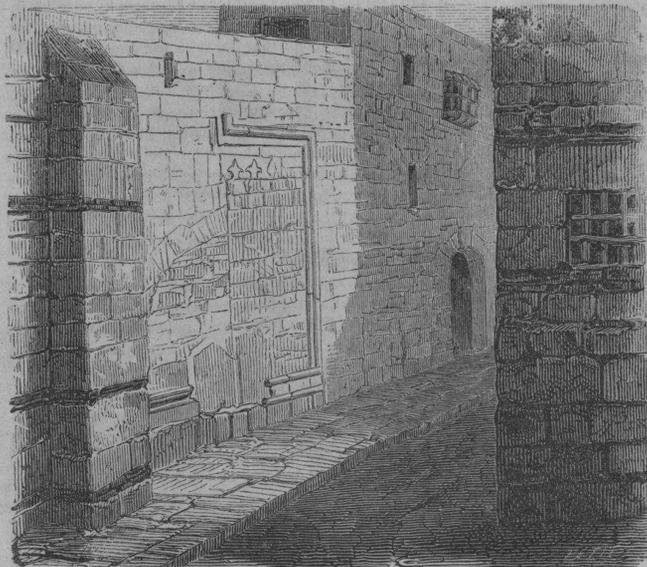
Es la cuarta, el lugar donde Jesus encontró á su Madre; la quinta donde Simon Cirineo le ayudó á llevar la Cruz; la casa de la Verónica es la sexta; la séptima es la *puerta judiciaria* donde Jesus cayó por segunda vez, y es la octava en las antiguas murallas de la ciudad, junto á las cuales Jesucristo encontró á las hijas de Sion.

El atrio de la iglesia de la Resurrección es la estacion novena, sitio donde Jesus cayó por tercera vez.

Una capilla de esta iglesia consagra el recuerdo de haber despojado á Cristo de sus vestiduras.

Penetremos en ella y subamos unos cuantos peldaños á la derecha que conducen á una capilla, colocada en alto y dividida en dos partes. La primera es la en que Jesus fué tendido sobre la Cruz, y mientras que el atroz martillo apretaba los clavos que penetraban en

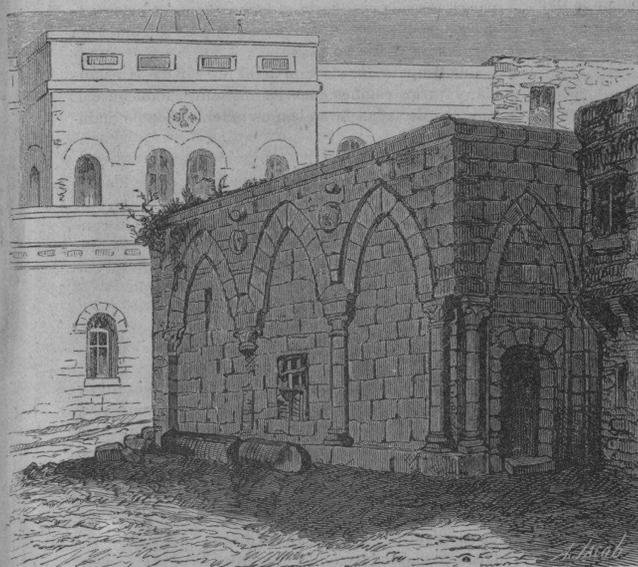
LAS ESTACIONES DE LOS PEREGRINOS EN JERUSALEN.



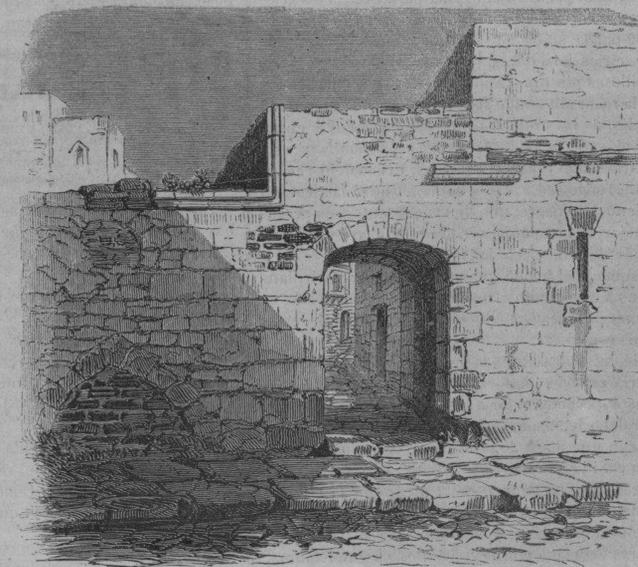
I ESTACION.—Escala Santa. Sitio donde Jesus compareció delante de Pilatos.



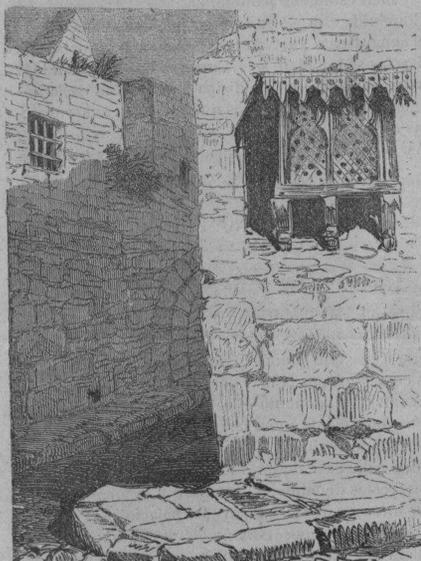
II ESTACION.—Capilla de la flagelacion. Donde Jesus fué cargado con la Cruz.



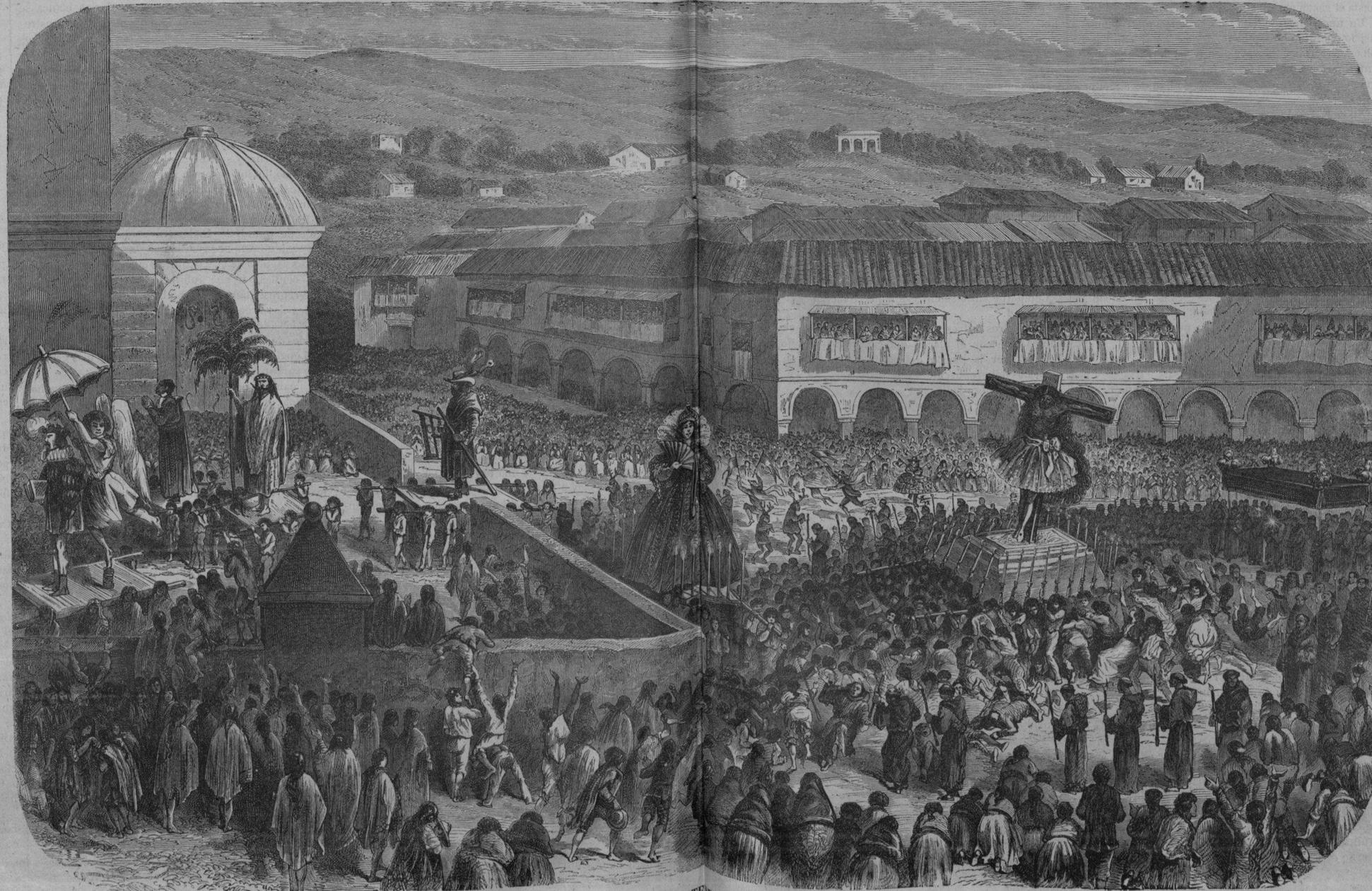
III ESTACION.—Capilla del desfallecimiento. Donde Jesus cayó bajo la Cruz.



IV ESTACION.—Donde Jesus encontró a su Madre.



V ESTACION.—Donde Simon ayudó a Jesus á llevar la Cruz.



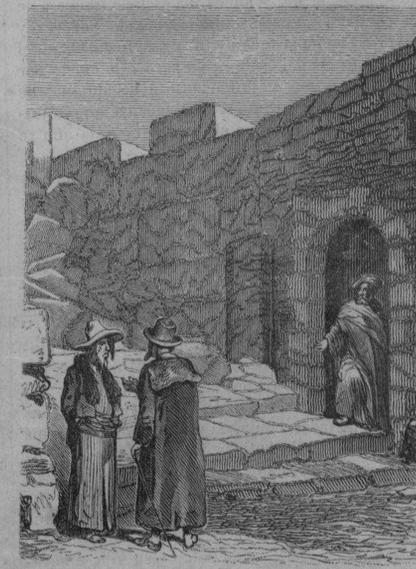
PROCESION DEL CRISTO DE LOS TERREMOTOS EN EL CUZCO (PERÚ.)



VI ESTACION.—Casa de la Verónica. Donde la Santa enjugó el semblante de Cristo.



VII ESTACION.—Fuerta judiciaria. Donde Jesus cayó por segunda vez.



VIII ESTACION.—Antiguos muros de la villa. Donde Jesus encontró a las hijas de Sion.

sus palpitantes miembros, el pueblo le gritaba: «Sálvate si eres el rey de los judíos!»

La segunda parte de la capilla pertenece á los griegos, que compraron este santuario á los georgianos en 1660 por la suma de siete mil zequies. Una multitud de cirios hacen resplandecer los dorados y las maravillosas pinturas. Allí fué donde se colocó la Cruz sobre la roca; allí dónde Jesus exclamó á la hora nona en medio de las tinieblas que comenzaban á ennegrecer el valle. «¡Eli, Eli lamma sabachthani!» y este grito atravesó el espacio. Despues, Cristo dejó caer la cabeza. «Tengo sed,» dijo, y habiendo allí á la sazón un vaso lleno de vinagre, uno de los asistentes se apresuró á mojar una esponja, y colocándola al extremo de una caña, le humedeció los labios.

Consumado el hecho que acabamos de referir, lanzó Jesus un segundo grito, diciendo: «¡Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu!» y al concluir estas palabras espiró.

Al pié del altar se nota la hendidura de la roca que, contraria en todo á la formación geológica de las piedras, está perpendicular á su base. Es imposible responder del origen sobrenatural de este fenómeno. Cubierta con una placa de oro se la ve continuar por bajo de la capilla hasta otro santuario.

Al descender se encuentra la piedra de la unción, colocada también casi á la entrada de la basílica. Se la ha vuelto á cubrir con una mesa de mármol rojo. Lámparas de plata y oro, y gigantescos candelabros, están entrelazados á su alrededor.

Dirijámonos al centro de la iglesia, y allí está señalado el camino por donde pasaron los que enterraron el inanimado cuerpo de Cristo.

Debajo de la gran cúspide se eleva un pequeño monumento de mármol conteniendo dos bóvedas, y allí está el sepulcro del Salvador.

Una puertecita da entrada á la primera pieza. La piedra que ocupa el centro es llamada *del ángel*; lo cual indica que allí fué donde el ángel anunció á los cristianos que Cristo había resucitado.

Pero bajemos aun más, para pasar á otra capilla que mide apenas dos metros de longitud, y nos hallaremos al lado de una mesa de mármol que cubre el precioso sepulcro. Lámparas de oro y plata brillan pendientes de su techo, ramilletes de flores embalsaman el ambiente, y cuadros bellísimos cubren sus paredes artesonadas. Todo esto nos infunde un piadoso respeto, conmoviéndonos á la par. La fé arde en nuestro corazón... ¡Dios está presente!

LA MUERTE DE COLON

El reciente nombramiento de Mr. Robert Fleury para el eminente puesto de Director de la escuela francesa de Roma, da un gran interés de actualidad á los cuadros de este famoso artista, autor de *El Auto de fé*, que publicamos en el número anterior, y de *La muerte de Colon* que ofrecemos en el presente.

Mr. Robert Fleury es hoy uno de los pintores más notables de Francia, y será en su nuevo empleo un digno sucesor de Mr. Schneitz. La escuela francesa de Roma es una generosa institución creada por el rey Luis XIV á instancia de Poussin, y que instalada en el bello palacio Médicis, adquirido para este objeto por la Francia, sostiene gratuitamente á los alumnos de pintura, escultura, arquitectura y música, que se juzgan acreedores á ello, por el jurado que cada año se reúne en París.

El asunto del cuadro de Mr. Fleury, es como hemos dicho, *La muerte de Colon*. El ilustre navegante á quien se debe el descubrimiento de la más hermosa parte del mundo, espira legando por única herencia las cadenas de hierro con que le cargó Bobadilla, virey por España de la tierra conquistada por el genio de Colon, para enviarle al injusto Fernando, esposo de Isabel la Católica.

Segun aseguran todos los historiadores, Colon murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, día de la Ascension, á los setenta años de edad. Su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco, y sus exequias celebradas con régia pompa en la parroquia de Santa María de la Antigua. Sus reliquias se transportaron en 1513 al monasterio de Cartujos en Sevilla, á la capilla de Santa Ana ó Santo Cristo, en la que también se depositaron los de su hijo D. Diego, que falleció en Montalvan el 23 de febrero de 1526. Diez años despues los cuerpos de Colon y su hijo se lleva-

ron á la Española, y se enterraron en la catedral de Santo Domingo; pero ni allí descansaron en paz, pues posteriormente se les desenterró y condujo á la Habana, donde hoy se encuentran.

LOS CLAVELES ROJOS,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Por clara y hermosa que sea una alborada, siempre hay alguna nube que empañe sus resplandores.

Los recuerdos son las nubes que cruzan los espacios del alma.

Pero el espacio del alma es inmenso y jamás los recuerdos pueden empañarlo y cubrirlo todo.

Siempre hay algun punto de claridad por donde nuestros ojos miran al porvenir.

Mirar al porvenir es el único recurso que hay para apartar la vista de los recuerdos.

Al día siguiente fué Zoraida á la misma hora al banco de piedra de la orilla del río, y ¡cuál fué su asombro al encontrar allí otro ramo!

Le cogió y leyó un papel que sujetaba los tallos de las flores.

El papel decia:

«¿Me adoras, Zoraida?»

Lo leyó estremecida: su faz palideció de pronto; sus manos temblaron, y el ramo cayó al suelo, y rodando hasta el río se perdió á lo lejos en la corriente.

Un nuevo amante habia puesto allí aquellas flores. Así lo comprendió también Zoraida. Esta, con precipitación arrancó de sus cabellos las flores que el día anterior hubo colocado, y que aún se conservaban hústias y secas entre sus rizos, y huyó de aquel paraje.

En cada árbol le parecia ver un gigante que anhelaba estrechiarla con sus brazos.

Cada sombra era un fantasma de amor que se levantaba de la tierra para pedir á Zoraida el suyo.

Todo era miedo para la pobre jóven.

Todo la aterraba y la estremecía.

Cual si alguien la persiguiese, corria sin aliento hácia su casa, y cada vez corria más, saltando arroyuelos, plantas y zanjas, cual nunca hubiera podido.

El miedo produce más grandes héroes que el valor.

¡Quién sabe si Napoleon, César y hasta el mismo Alejandro, no se hicieron héroes á causa del miedo!..

Veces hay, en que el miedo aumenta nuestras fuerzas, y al tiempo que debilita nuestros miembros los robustece.

Y Zoraida seguia veloz hácia su casa.

Al pasar junto á un corpulento álamo, una figura que se adelantó de entre las sombras, se puso ante ella y la impedía el paso.

La mora lanzó un grito de terror, á que sólo respondieron los gemidos de los sauces.

—¡Ah! ¿Quién sois, fantasma?.. gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Fantasma me llamas! exclamó el aparecido con una satánica carcajada.

—¿Quién sois? decid.

—Soy quien te adora, Zoraida.

—¿Y qué quereis aquí? exclamó haciendo vanos esfuerzos por hallar salida, y sin escuchar las palabras que oia.

Él la detuvo y dijo por lo bajo:

—¡Quiero tu amor!

—Apartaos...

—Pero ¿por qué tal horror? Mira: yo soy noble, poderoso...

—¡Callad: dejadme huir, por Aláh! dijo ella con voz ahogada y forcejeando inútilmente por desasirse de moro que la tenia del brazo, cogida fuertemente.

—¡No! ¡No te irás! ¿Para que lo intentas, si estás ya en mi poder?..

—¡Apartaos por piedad! volvió á gritar ella con mayor fuerza que nunca.

El moro temió, y se alejó perdiéndose entre la oscuridad que velaba ya el mundo.

Zoraida, creyendo que aún la perseguia, llegó á su casa corriendo vigorosamente.

Aún no se creia segura y miraba en derredor suyo, en torno de su estancia.

Los primeros rayos de una luna pálida y triste penetraban á través de una celosía, desde la mitad de la pared, rasgada casi hasta el techo. Este era artesonado. Finos dorados, y primorosos colores ostentaba en caprichosa variación.

Una lámpara dorada, con débil luz bañaba la estancia, y varios cogines encarnados, y un lecho con colgaduras de seda, formaban el mueblaje de la habitación.

Una vez allí, Zoraida cayó desmayada sobre los cogines.

Luego que volvió en sí, se acostó, mas no pudo conciliar el sueño... La sombra del jardín se aparecía ante sus ojos... Las palabras del fantasma agitaban su corazón...

IV.

Ali-Hassem.

La casa de Zoraida estaba interiormente elegante y lujosa en extremo. Un surtidor que saltaba de un mármol blanco daba frescura al patio. En este sitio habia seis tiestos con diversas flores de diferentes matices. En las esquinas del patio, que era un pequeño jardín, levantaban sus copas cuatro frondosas acacias que, entrelazadas, formaban cenador. Cuatro puertas de forma ojival y pintadas á cuadritos de varios colores, daban paso á habitaciones diferentes.

El edificio tenia dos pisos; uno que se hallaba á la altura del jardín que llamaremos primero, y otro encima que llamaremos segundo.

En una habitación de este piso pasará la escena que luego referiremos.

Dos claraboyas le dan luz por el techo, y van á salir á la azotea. Ricos divanes y cogines de damasco, rodean la habitación. Algunas puertas con lujosas colgaduras de seda, dan paso á los cuartos interiores.

Los artesonados techos estaban llenos de finísimas y delicadas pinturas.

Entre puerta y puerta se veian colgadas de la pared algunas armas. Eran las que usó de jóven el padre de Zoraida.

Ricas y caprichosas arañas de cristal penden del techo, dando más realce al lujo de la habitación.

Cubren los suelos hermosas alfombras...

No es capaz el poeta ni el novelista, de poder describir exactamente el lujo de aquella casa.

Los orientales cuidaban más de sus casas que de sí propios.

Como que pocas veces salian de ellas.

Como que tanto se entregaban á la meditacion y á la soledad.

Ni nuestros teatros, ni nuestras diversiones pueden compararse con el placer que causaba a un hijo de Mahoma ver la puesta del sol, y pensar sólo en los misterios del crepúsculo.

O leer un libro bello.

O contemplar el firmamento tachonado de estrellas.

O admirar la cándida belleza de la luna...

¡Y eran tan felices!

El padre de Zoraida era un venerable anciano. Su barba era blanca como un copo de nieve. Y su aspecto noble.

Estaba sentado en un muelle divan, en un extremo de la habitación. Las piernas entrelazadas, y descansando sobre ellas; la cabeza recostada en el blando respaldo.

Dos rayos de sol penetraban por las claraboyas, inundando el salon y yendo á parar en las paredes.

Un criado abrió una de las puertas y se adelantó hácia el anciano, diciendo:

—Un noble quiere hablaros.

—Que entre; dijo con cierta curiosidad el padre de Zoraida.

El criado salió; y al poco tiempo entraba el noble anunciado. Era de torva mirada, adusto continente, fruncido ceño.

—Aláh os guarde, dijo al entrar, haciendo una reverencia.

—Él vele por vos. Sentaos.

El recién llegado se sentó.

—¿Sois el padre de Zoraida?

—Sí. Y vos, ¿quién sois?

—Yo soy Ali-Hassem.

—¡Ah! sí: valiente capitán. ¿Cómo no fuisteis con las fuerzas que salieron anteayer de Granada?

—Por orden del rey tenia que quedarme en la ciudad. Mas, aparte de esto, venia á pedir un favor.

—En todo cuanto pueda servir os le concederé.

—Os venia á pedir la mano de Zoraida.

—¡La mano de Zoraida! murmuró el padre.

—Sí; ayer tarde la ví en el jardin, y quedé preso de sus encantos.

—¡Ah! Vos fuisteis quien la infundió pavor... quien la hizo llegar á casa casi sin aliento...

—¿Me concedéis ó no su mano?

—No puede ser; ni ella os la concede: al contrario, la horrorizásteis con vuestra presencia.

Alí-Hassem tenia treinta y seis años; era alto y de formas colosales.

Vestia un jaique verde; un alfange, en una vaina de terciopelo morado, colgaba de su cintura.

Una barba negra rodeaba su faz; esta era negra más que morena; su aspecto, siniestro.

Apenas escuchó la negativa del padre de Zoraida, se puso en pié con aire vengativo. En la sombra del ángulo de la habitacion en que estaba, se destacaba su figura, como un fantasma de las tinieblas.

Sus ojos brillaban airados.

—¿Con que no me concedéis su mano?

—No. ¡Jamás!

—Sabeis que tratáis mal á un noble.

—¿Cómo he de tratar á uno que ha traspasado las vallas de mi jardin, y ha sorprendido y turbado la paz de mi hija?

—Os exponéis, hablando así.

—¡Exponerme! Pues qué, ¿pensáis vengaros?

—Y me vengaré.

—Hareis muy mal.

—Y ya que de buen grado no me concedéis vuestra hija, me la concederéis por la fuerza.

—¡Concedéros! ¡Nunca!

—Vereis á dónde llega mi venganza, y mi pasion por ella.

—¿Quereis arrebatar á un anciano el báculo de su vejez... insolente!

Esclamó el anciano, poseido del furor en que su corazon rebotaba, al ver dibujarse una sonrisa de insulto en los labios de Alí-Hassem.

—Aláh os guarde; dijo este friamente, saliendo de la habitacion y despidiendo al anciano, sin volver siquiera la cabeza.

El padre de Zoraida quedó bramando de coraje.

Zoraida habia escuchado esta conversacion con terror. En Alí-Hassem creia ver el ángel malo de su vida.

Su ángel bueno Almanzor. Sepan de paso mis lectores, que el anciano ignoraba el amor de Zoraida.

Esta temblaba al escuchar las palabras del noble de Granada, que hablaba con su padre. Recordaba en él al fantasma del jardin, que aparecia entre las sombras de los árboles.

Escuchó tras de una puerta contigua, y cada palabra del moro era una herida para el corazon inocente de la jóven.

Poco tiempo pasó, y Alí-Hassem saltaba del jardin por una tapia.

—¡Isma! gritó, dirigiéndose á un lado del camino.

Un esclavo negro, montado en un negro caballo árabe, apareció trayendo otro caballo de la brida.

Antes que el esclavo se apeara á sostener el caballo á Alí-Hassem, este se montó de un brinco.

Ambos ginetes se perdian despues entre una nube de polvo, con direccion á la ciudad.

V.

La vuelta de un combate.

Un dia ha pasado.

La ciudad de Granada presenta un cuadro hermoso é inimitable.

Las torres y azoteas de las mezquitas y de las casas, están cubiertas de flores, ramos de laurel y madreivas y palmas. Visten las paredes de los edificios ricas colgaduras de damasco. Las huries cuelgan de sus celosias finisimas sedas en diferentes y variados dibujos y caprichos. Las calles están cubiertas de ramas de árboles. Un gentío inmenso se nota en las plazas de la poblacion. En el rostro de todos se deja ver el júbilo y la alegría. Los moros agitan sus jaiques y gritan al mismo tiempo, dando brincos de placer.

—¡Victoria! ¡Victoria!

Esta es la exclamacion que por do quiera se escuchaba.

Todas las banderas y gallardetes de las murallas y de las torres se han enarbolado.

En donde más se notaba la animacion, era en una de las puertas, en donde la gente se agolpaba en multitud inmensa. Entre tanto gentío todo era confusion. El ruido creció más y más hasta que se escuchó desde la muralla:

—¡Ya vienen!

—¡Ya vienen! Corrió de boca en boca hasta que tal voz se repitió por toda la ciudad.

A esto sucedió un profundo silencio y dejáronse oír lejanos, varios ecos de trompetas y atabales.

Como á un cuarto de legua de Granada, vióse una estensa fila á lo largo del camino de puntitos encarnados y blancos. Luego que fueron acercándose distinguióse que eran moros de jaiques blancos y turbantes encarnados. Serian unos tres mil hombres. Entre estos, unos ochocientos de á caballo.

Aquellas tropas volvian de un combate ganado á los cristianos á catorce leguas próximamente de Granada. Habian alcanzado una completa victoria, y Granada se preparaba á recibirlos con gran alegría y entusiasmo. Entre ellos venia Almanzor, el amante de Zoraida que habia sido uno de los que con mayor valor habian luchado.

No se pasó media hora, y ya entraban entre la gente que los esperaba.

Las moras de las azoteas agitaban sus pañuelos para darles la bienvenida. Otras perfumaban el ambiente con delicados aromas y esencias. Otras arrojaban desde las casas ramos de flores. Algunos moros cogian con la punta de sus alfanges los ramos de madreiva que colgaban de algunas celosias, y los ataban á la empuñadura. Eran los amantes que volvian á mostrar á sus huries, el amor que ardia en sus corazones.

—¿Habeis vencido? gritaban algunos desde las esquinillas.

—¡Sí, á los cristianos! habia quien respondiese entre las filas de los que llegaban.

Por todas las calles y plazas del tránsito, ésta era la exclamacion general.

Entre tanto júbilo y contento, solo un jóven marchaba indiferente.

Sus ojos no se fijaban en los ajimeces ni en las celosias, sino que miraban maquinalmente á varias partes; y con marcado desden.

Por fin, las tropas llegaron á la plaza, y una vez todos libres, Almanzor se dirigió por una estrecha calle, hasta que salió de Granada.

Una vez fuera de las murallas, se dirigió á una blanca casa rodeada de un jardin, y que era la de su amada.

Al verla, los ojos del jóven cobraron alegría. Una sonrisa de placer resbaló por sus lábios. Reconocia la casa donde por primera vez habia dado su corazon á una mujer. Reconocia el jardin que le prestaba dulce sombra en otros felices dias, escuchando palabras de amor.

No pudo ménos de dejar escapar un suspiro de sus lábios.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

(Se continuara.)

LA PLEGARIA.

Buscando va Colon aquella tierra por su genio inmortal adivinada, y pasan dias, y los tiempos corren, y comienza á nublarse su esperanza; ya los súbditos fieles que al principio al pobre aventurero respetaban, medrosos y rebeldes, á su jefe insultan con injurias y amenazas. «¡Dadme un dia no más!» gritó el marino á la turba feroz y desbordada; y al fin la multitud, aunque rugiente, accedió de Colon á la demanda. La noche extiende su flotante velo; el mar se aduerme en silenciosa calma, y de la luna el resplandor brillante se desliza fugaz sobre las aguas; Colon, el gran Colon, el animoso piloto sin igual, cuya constancia á los reveses del destino fiero

fué insuperable y poderosa valla, fijo en la proa de la inquieta nave, su gloria sueña y su ventura aguarda. Todo en silencio está; la dulce brisa que gime por las velas azotada, ó el rumor susurrante de las ondas, son ecos incesantes que se apagan; fosforescente el mar, brillante el cielo, fija Colon en alto la mirada y extasiado y feliz deja que corran de su entusiasmo las ardientes lágrimas. ¡Oh Dios!—dice el marino, que de hinojos se humilla al borde de la débil tabla, —¡Padre y Señor del dia, que en mi pecho hiciste germinar noble esperanza; tú de la ciencia manantial fecundo, dame tu amparo en mis mortales ansias, y de mi ruda inspiracion al vuelo sirve de guia y tu poder me valga!— Dijo Colon; en el Oriente brilla un ténue resplandor de la alborada; ora el marino; el cielo le protege, y sonando una voz alborozada desde el palo mayor, que grita ¡tierra! ¡tierra! repite el eco en lontananza, y tierra ven los ojos asombrados de Colon y su gente que le aclama. Allí la tierra está; como surgiendo entre la verde espuma de las aguas estiende sus riberas virginales por los rayos del sol iluminadas. Dios protegió á Colon; los españoles del genio colosal caen á las plantas, y al pisar el audaz aventurero la tierra que los mares le regalan, grita agitando la real bandera: Por Cristo y por Castilla ¡viva España!

J. TOMEY Y BENEDICTO.

Solucion de la Charada del número anterior.

CALABAZA.

GEROGLÍFICO.

SALTO DEL CABALLO.

Grid puzzle with letters and numbers. The grid contains words like 'Cruz', 'Dios', 'que', 'di-', 'en', 'san-', 'mu-', 've,', 'bre', 'y', 'rio', 'el', 'vina,', 'ta', 'cie-', 'Sal-', '1', 'el', 'Hom-', 're-', 'lo', 'al', 'tierra', 'de', 'y', 'den', 'doren-', 'cion!', 'a', 'signo', 'la', '30'.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

J. B. y V., de Belmonte de Cuenca; Queda Vd. suscrito.—L. B., de Bilbao; Recibidos los sellos; la suscripcion de Vd. dió principio en 1.º de Marzo.—B. F., de Santa Cruz de Tenerife; recibida la libranza; queda Vd. suscrito por un año.—C. S., de Tormantos; Atendida su justa reclamacion; remitimos los números.—T. R., de Brihuega; Queda Vd. suscrito por un año; hemos mandado las dos colecciones.—M. de la Q., de Orotava; Recibidos los sellos, la suscripcion dió principio en 1.º de Mayo.—P. del C. H., de Huesca; Recibida la letra y suscrito.—S. de A., renovada su suscripcion; el primer tomo concluye en el número 41.—L. P. y C., de Badajoz; Hemos mandado todos los números publicados del primero y segundo tomo segun su carta, quedando suscritos D. F. de B.—J. S., de Pamplona; Recibidos los sellos; la suscripcion de Vd. termina en 1.º de Noviembre.—C. C. y L., de Albacete; Por el correo de ayer mandamos las colecciones; quedan hechas las suscripciones segun Vd. desea; damos á Vd. gracias por el interés que se toma por esta publicacion.—R. de S., de Bilbao; En lo sucesivo serviremos cuatro suscripciones más, comprendidas de su cargo segun su carta, dando principio en 1.º del corriente.—Z. G. y B., de Sevilla; devolvemos catorce sellos que sin duda por un error han incluido en su carta.

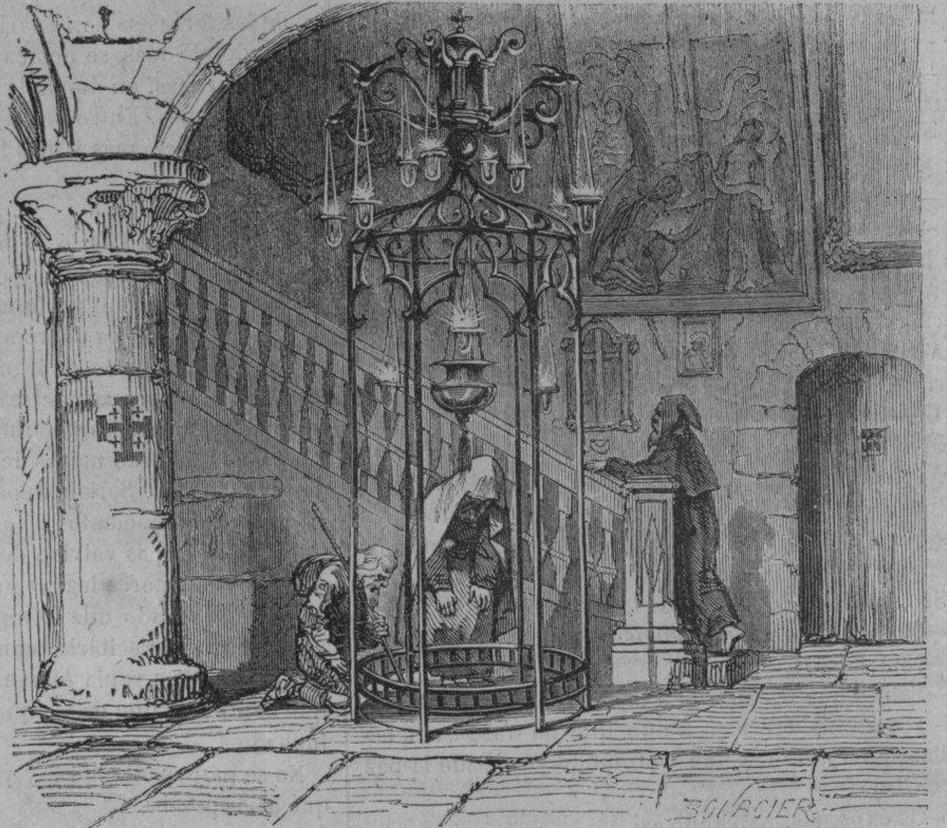
Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal

LAS ESTACIONES DE LOS PEREGRINOS EN JERUSALEN.



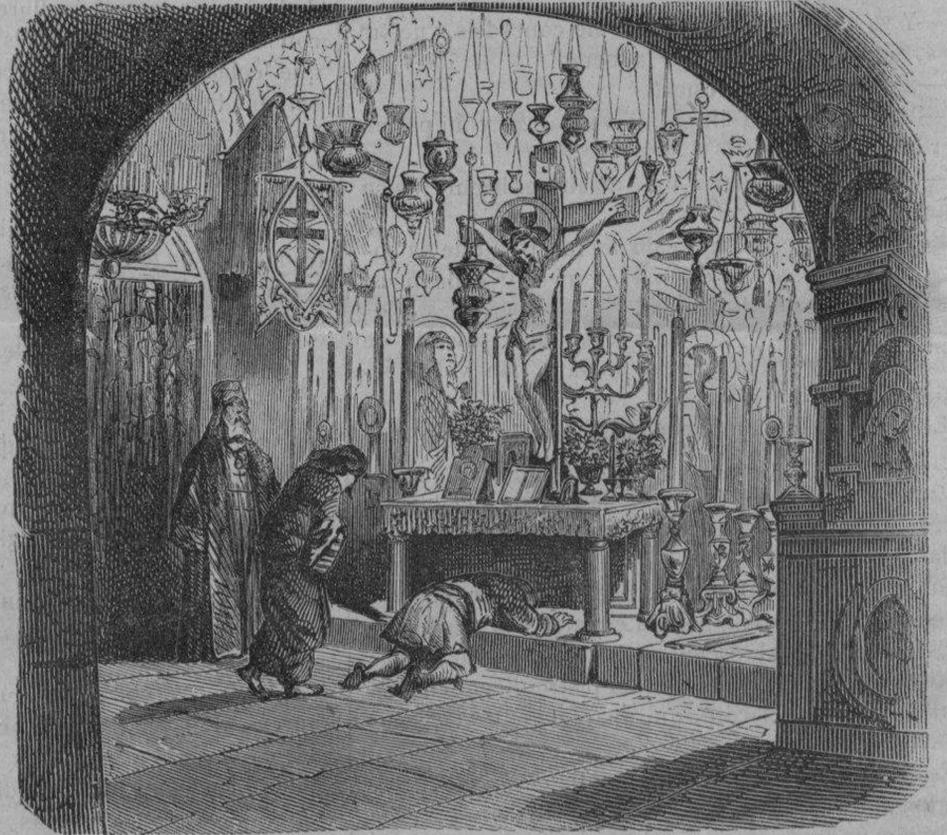
IX ESTACION.—Atrio de la iglesia de la Resurreccion. Donde Jesus cayó por tercera vez.



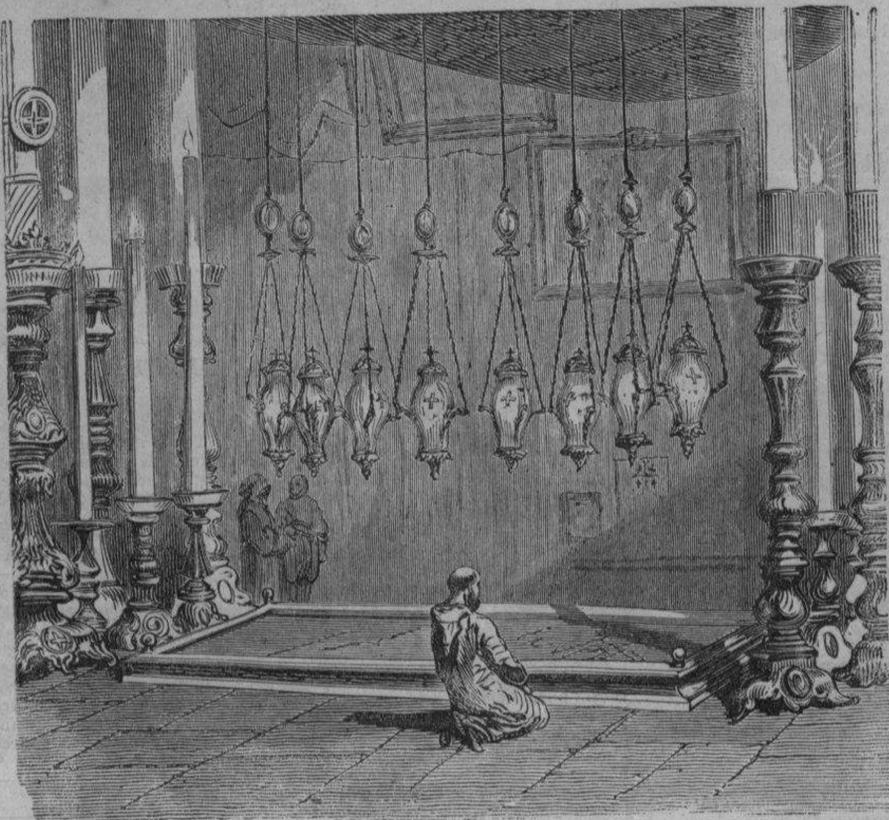
X ESTACION.—Santuario de la iglesia. Donde Jesus fué despojado de sus vestiduras.



XI ESTACION.—Capilla latina en la iglesia. Donde Jesus fué clavado en la Cruz.



XII ESTACION.—Capilla griega en la iglesia. Donde Jesus murió sobre la Cruz.



XIII ESTACION.—Piedra de la Uncion. Donde Jesus fué bajado de la Cruz.



XIV ESTACION.—El Santo Sepulcro. Donde Jesus fué sepultado.